

Estudio de Caso

Resguardo Inga Mandiyaco: abundancia y familia

"Mi papá insistía en que no vendamos la tierra, porque aunque sea territorio colectivo se permite hacer contrato de compraventa, pero más bien hay que rescatar las tierras para nuestros hijos y luego para los hijos de nuestros hijos."

(Luz Garreta Jansasoy, Comunidad de Mandiyaco)



Las mayoras inga con su atuendo originario

Ubicación de Mandiyaco



El Resguardo Inga Mandiyaco se encuentra en el municipio de Santa Rosa, departamento del Cauca, Colombia. A pesar de eso, desde Mandiyaco hasta la cabecera del municipio de Santa Rosa hay aproximadamente 19 horas de viaje en carro –hay que pasar por Popayán, la capital del Cauca, rodeando las montañas- o dos días a pie a través de la montaña, pues este municipio se ubica en la región llamada Bota Caucana, de gran extensión geográfica y alejada del resto del departamento. De este modo, la ciudad más cercana al Resguardo Inga Mandiyaco, a solo 30 minutos de distancia es Mocoa, la capital del

departamento del Putumayo. El límite físico entre este departamento y el del Cauca es el río Caquetá, afluente del Amazonas que representa también uno de los linderos o límites del Resguardo Inga Mandiyaco. El nombre de este resguardo, que en lengua indígena significa más o menos *río que manda*, se lo deben al río caudaloso que pasa por sus tierras, el Mandiyaco, que desemboca al río Caquetá. En realidad, a diferencia de la mayor parte de la geografía del Cauca que es más bien andina, en Mandiyaco predomina un clima tropical y selvático que se enmarca dentro de la bioregión amazónica.

El caso de una gran familia inga

163 personas viven actualmente, según Benigno Chicunque, gobernador del cabildo de Mandiyaco, en esta exuberante y viva extensión de tierra de 1555 hectáreas. De este modo, se puede afirmar que en el Resguardo Inga Mandiyaco conviven 48 familias que pertenecen a su vez a cuatro grandes familias: los Mutumbajoy, los Chicunques, los Garreta y los Buesaquillos. Sin embargo, a través del amor y las uniones conyugales, ya se puede hablar de una gran y extensa familia en el caso de la comunidad de Mandiyaco. “De la escuela para allá están los Mutumbajoy y los Garreta están de este lado, y los Chicunques están en el medio”, cuenta riéndose Luz Garreta Jansasoy, la tercera de diez hermanos. “Somos ocho varones y dos mujeres, ¿se imagina diez hijos? Y todavía ella anda joven, cargando, trabajando, mi mamá tuvo todos los hijos al año”, explica.

Luz tiene 39 años y tres hijas, ha sido cocinera del restaurante escolar durante “hartos años, desde que Carolina era bebé”. Carolina es su hija mayor, tiene 20 años y estudia ingeniería forestal en la Universidad del Putumayo de la ciudad de Mocoa. Yuri, la segunda, tiene 18 años y vive con su pareja en otra vereda del Santa Rosa, “se enamoró hace dos años y se fue”, cuenta Kelly, la menor. “Yo quiero ser algo como ingeniera también, pero no voy muy bien con las matemáticas, entonces también podría especializarme en derecho propio indígena”, piensa Kelly a sus 16 años, una gran estratega del ajedrez.

Todas ellas, junto a Luz y al padre de la familia, Ariel Muchavisoy, participan activamente de la vida del Resguardo Mandiyaco. Asisten a las asambleas y a las mingas comunitarias. “De por si las programa el gobernador”, explica Kelly, “yo voy cuando no hay colegio”.

Pertenencia a otras organizaciones

A pesar de encontrarse a aproximadamente 7 horas de su capital, Popayán –y estar a solo 30 minutos de la capital del Putumayo-, el territorio de estudio pertenece al departamento del Cauca. Y a nivel, no solo colombiano sino latinoamericano e inclusive mundial, el Cauca representa un símbolo de la lucha indígena por sus procesos de resistencia ancestrales y por ser cuna de una de las primeras organizaciones indígenas fundada el año 1971: el Consejo

Regional Indígena del Cauca (CRIC). El Resguardo Inga Mandiyaco pues, pertenece al CRIC y participa desde la lejanía de su tejido territorial. “Nuestra relación es más que todo en cuanto a capacitaciones y educación en general”, explica el gobernador Benigno. Por supuesto, también pertenecen a la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC).

Dentro del CRIC ya se han formado con el tiempo distintas asociaciones de cabildos y resguardos indígenas, entendiendo siempre que la unión de cada zona del Cauca, un departamento históricamente muy extenso, les hará más fuertes en la lucha contra el latifundio y la lógica extractivista, principales enemigos de los pueblos indígenas. Así es que entre los cabildos indígenas del Municipio de Santa Rosa está en proceso de legalización con el ministerio de interior el Consejo de Autoridades Indígenas de Santa Rosa Cauca, del que ya se considera el consejero mayor el exgobernador de Mandiyaco, Héctor Fabián Garreta Jansasoy. Éste, uno de los diez hermanos de Luz Garreta, es uno de los principales líderes actualmente del Resguardo Inga Mandiyaco, fue su gobernador durante 6 años y sobresale por haber pasado por una formación de líderes comunitarios que le dio una muy buena preparación para la lucha que lidera en su territorio.

A pesar de unas circunstancias precarizadas a causa del modelo económico occidental impuesto en este territorio ancestral indígena, el proceso organizativo del cabildo de Mandiyaco y la constitución del Resguardo Inga Mandiyaco han traído a la comunidad, conciencia y autonomía. Se trata de un caso ejemplar por el fortalecimiento de una identidad originaria ligada al territorio y por el acceso y la defensa de una tierra ancestral llena de abundancia que podría haberse convertido en mera propiedad privada de no ser por la perseverancia de esta comunidad inga. Con la conformación del resguardo indígena el año 2003, se logra un amplio territorio colectivo para unas pocas familias que lo guardan en armonía.

“¿Y por qué el nombre de Mandiyaco? Aquí antes cruzaban el río por encima de los árboles, amarrando las ramas, para venir a cazar, y cuando querían volver el río se había crecido y tenían que quedarse obligatoriamente a este lado: tenía mando el río mas no ellos, entonces le colocaron Mandiyaco, *el río que manda*”, explica el líder Fabián.

Características de la comunidad mandiyaqueña

Según Carolina Muchavisoy, “los protagonistas de esta historia son los abuelos, los que vinieron para acá”. Mayoras como Otilia Jansasoy, la mamá de Luz Garreta Jansasoy, y Rosa Elena Muchavisoy, la mamá de Ariel Muchavisoy, las dos abuelas de Carolina, protagonizaron junto a unas veinte familias el regreso a la tierra ancestral de las veras del río Mandiyaco durante los años ochenta. Doña Otilia justifica que se trataba realmente de volver porque “mis abuelos habían habitado estas tierras del Mandiyaco, pero como no había escuela y eran tiempos difíciles se fueron para Condagua”, otro resguardo indígena inga que queda más

cerca de la carretera y de Mocoa pero que con el tiempo ha quedado pequeño para tanta población. “Los protagonistas son los que ancestralmente han habitado y llegado a esta tierra, los Acuas y los Incas, la Amazonía y Los Andes”, relata la profesora Estela García, haciendo referencia al origen ancestral mixto del pueblo inga.

De cualquier modo, cada vez que un comunero del Resguardo Inga Mandiyaco, trabajando la tierra, encuentra enterrados una ollita de cerámica o un sello de estampar ropa, se demuestra que ésta, como la mayor parte de tierras de América Latina, es tierra ancestralmente habitada por sus pueblos originarios. Como se contará en el siguiente apartado con detalle, el acceso y control de la tierra se ha dado a través del trabajo, del cultivo de comida y plantas medicinales y del mantenimiento y recuperación de los usos y costumbres del pueblo inga en relación con su territorio, todas dinámicas que con el tiempo fueron merecedoras de la creación del Resguardo.

Población y etnoeducación

El departamento del Cauca tiene 1, 404 millones habitantes, mientras que el del Putumayo tiene 354.094 (DANE, 2016). A su vez, los dos municipios que colindan al lado del Resguardo Inga Mandiyaco son el caucano Santa Rosa y la putumayense ciudad de Mocoa. El primero tiene 9.827 habitantes, con una mayoría de población rural y Mocoa tiene 31.719 habitantes de los que solo 43% viven en el ámbito rural (CENSO, 2003). Dentro de los límites del Resguardo Inga Mandiyaco viven actualmente personas que han provenido de los dos lados de la frontera departamental pero que hoy día pertenecen definitivamente al municipio de Santa Rosa y a su resguardo indígena. En total son 163 habitantes según cuenta el gobernador Benigno Chicunque.

De éstos, 8 son infantes de entre 0 y 5 años y 15 son niños y niñas de entre 5 y 11 años. Todos ellos cuentan con una escuela de la Institución Educativa Sumak Kawsay –Buen Vivir en inga y en quichua. La sede principal de esta institución está en la vereda de Santa Marta, a unos 15 minutos caminando desde el resguardo, donde vive otro cabildo indígena del pueblo vecino Yanacona. Es allá donde pueden ir a estudiar los niños y jóvenes de entre 11 y 17 años. De este modo, los estudiantes que egresan de la escuela Sumak Kawsay en Mandiyaco tienen dos opciones si quieren continuar estudiando, como explica Kelly: “Yo voy al colegio Fidel del Monclar en Mocoa. Allá somos cuatro de mi edad que salimos del resguardo, los demás se fueron para Santa Marta”, a la sede principal de la Institución Educativa Sumak Kawsay.

Los infantes de hasta 5 años han tenido durante bastante tiempo una educadora infantil, pero hace pocos meses ésta dejó el trabajo y ahora cuentan con una madre comunitaria que los cuida. El otro grupo etario hace cinco años que aprende con la profesora Anabel Gaviria Mutumbajoy, una docente del pueblo kamentsá que proviene del Valle de Sibundoy, al sur del Putumayo, y especializada en etnoeducación. “La etnoeducación mantiene una relación entre

la educación occidental y la educación propia, una relación donde se pueda conocer la importancia de las dos siempre sin perder la identidad cultural”, explica la profesora Anabel. El Plan de Vida que se empezó a tejer en el 2008 fue el que dio inicio a la construcción de una educación propia para fortalecer los conocimientos ancestrales y trabajar desde la práctica.

La mayor parte de los jóvenes al terminar el colegio pasan a trabajar en la finca, con sus padres o ya en el proceso de formar su propia familia. En algunos pocos casos, cuando hay mucha voluntad y se reúnen de algún modo las condiciones económicas gracias a las llamadas becas-crédito –que no son becas, son sólo créditos- algunos jóvenes como Carolina Muchavisoy han accedido a la universidad. “Hoy día el indígena tiene oportunidad de ir a la universidad, de pronto porque ya se ha puesto a pensar con la mentalidad del colono”, reflexiona Estela García, prima de Carolina y profesora temporal de la escuelita de Mandiyaco. Pero en seguida añade que “un indígena que estudie a nivel profesional, luego se le necesita acá en el territorio”, haciendo referencia a la permanencia en el territorio de los jóvenes que, por ahora, no se ha convertido aun en una problemática para Mandiyaco.

En general, la educación ha sido uno de los campos que más ha mejorado desde la creación del resguardo. “Antes los profesores los traían del pueblo y no duraban ni un año. Dando clase en la selva, no duraban, por lo lejos, porque no había teléfonos, nada”, cuenta Luz Garreta, que llegó al territorio de niña y fue de las primeras que atendió la escuela de Mandiyaco. “Hicieron una escuelita de chonta y de madera y hasta que no llegó el profe Ángel no hicieron una escuela formal de material”. El profesor Ángel Mutumbajoy, también original del Valle de Sibundoy, fue profesor de la escuelita de Mandiyaco durante muchos años y es el actual rector de toda la Institución Educativa Sumak Kawsay con sede principal en la vereda de Santa Marta.

Tierra y cultura

La región del Putumayo, incluyendo la Bota Caucana, tiene un clima tropical con época de lluvias y épocas más secas, aunque nunca falta agua. El Resguardo de Mandiyaco se encuentra en una zona selvática y montañosa rica en recursos hídricos de manera que todas las familias que lo habitan tienen acceso a alguna quebrada o caño de agua limpia y potable. “Más para abajo del Putumayo ya está contaminada por las petroleras pero por acá aun podemos sacar buena agüita de los caños”, asegura Luz Garreta. A nivel de producción agrícola son las lluvias las que marcan el ritmo de la siembra y la cosecha. De modo que el acceso a agua tanto para consumo familiar como para uso productivo está bien provisto y sigue siendo parecido al uso ancestral tradicional que esta población ha hecho del agua. Algunas familias siguen cargando agua en tarros y ollas desde el río hasta sus casas, aunque ya no son como las antiguas totumas de cerámica sino que son de plástico o aluminio. No existe un sistema de acueducto unificado, sin embargo, la mayoría de familias ya han instalado una manguera desde el río o la quebrada hasta sus viviendas.

Mirando a simple vista desde los caminos que recorren el resguardo difícilmente se observa nada más que selva y plantaciones de plátanos y bananos pero disimuladas entre éstas se alzan todas las casitas en las que habitan las familias inga. Éstas son por lo general de varios tipos de madera, manteniendo la tradición ancestral de usar la chonta para el suelo, una madera caliente y resistente a la que atribuyen muchas cualidades espirituales. Son casas elevadas con mástiles, a entre uno y dos metros del suelo, de modo que, en época de lluvias, también se puede estar debajo de ellas. El pueblo inga es poco complicado y menos materialista: los únicos elementos de la casa son, el fogón y algunas ollas en la cocina, y finas colchonetas y cobijas en las alcobas. Por lo demás la casa es espaciosa, sencilla, limpia y acogedora. Nadie se sube a ella calzado y en las horas de la comida, sentados cerca del fogón, lo que más abunda es el intercambio de palabras.

Otras prácticas culturales en relación al territorio que se mantienen en Mandiyaco gracias a la abundancia de tierra y el ejercicio de conservación de la naturaleza que se viene haciendo son la caza, la pesca y la recolección de semillas y plantas medicinales de la selva. La lengua inga, parecida en muchas palabras con el quechua, es hablada por la totalidad de la población: ancianos, adultos y niños, toda una victoria frente la situación de otras lenguas originarias del país que están en peligro de extinción debido a la persistencia de una lógica colonial. De hecho, algunos cabildos del mismo pueblo inga que no han logrado resistir en la zona rural y han emigrado hacia la periferia de Mocoa ya sienten una reducción del uso de su lengua y en algunos casos solo los mayores la hablan.

Medicina tradicional

Como parte de la cultura inga amazónica, la cosmovisión y espiritualidad propias se han mantenido en el tiempo y son aun fuertemente materializadas sobretodo en el uso de la medicina tradicional. Todos los sábados se encuentran en la llamada “casa del yagé” un grupo principalmente de hombres que hacen ceremonias con esta planta de poder presente en todas las extensiones del Amazonas. “Normalmente somos cinco o seis pero a veces hemos llegado a ser 40”, cuenta Fabián Garreta, uno de los líderes que hace ya muchos años está en el camino de los saberes de esta medicina sagrada. A través del yagé los líderes del resguardo y jóvenes aprendices –incluidos niños y niñas- recorren mundos y tiempos alternos y contactan con espíritus e identidades que les aportan grande sabiduría y experiencia para seguir en el proceso de lucha que hasta hoy protagonizan todos los pueblos originarios del mundo. “Cuando hay un atropello grande, por ejemplo cuando asesinaron a un potencial líder de la comunidad que era mi hermano, nos toca hacer rituales colectivos para ver qué hacer, toda la comunidad con el yagé”, explica Benigno Chicunque.

El acceso a la salud, desde el punto de vista occidental, se encuentra en muy malas condiciones: no hay puesto de salud en el resguardo y las misiones médicas se dan una o dos veces al año. Sin embargo, las familias tienen la costumbre tradicional de dirigirse a los

médicos tradicionales cuando enferman. “Si un niño se enferma, los padres de familia lo llevan al taita que hace sus rezos, sus cantos y lo cura”, asegura la profesora Estela. Cabe recordar siempre que la medicina originaria, a diferencia de la occidental, suele ser preventiva y por lo tanto lo que pasa en la práctica es que los niños y niñas enferman menos. Indy Garreta –sol en la lengua inga-, el hijo de la profesora Anabel Gaviria y del exgobernador Fabián Garreta, tiene cuatro años y desde bebé participa activamente de ceremonias de yagé. Sano y fuerte, con un diccionario enciclopédico en la mano se acerca a la mesa, lo hojea hasta llegar a un mapa de América Latina y, señalando la parte noroeste del continente dice “Nosotros vivimos acá, en Colombia”.

Organización ancestral horizontal

“El año pasado hubo como 17 asambleas: se dan cada vez que son necesarias”, explica el gobernador actual del cabildo. Las asambleas comunitarias son espacios participativos en los que se socializan y debaten situaciones y se consensuan decisiones. “La máxima autoridad es la asamblea, esa si se respeta”, explica Benigno. Hay un sentimiento de identidad fuerte “con el resguardo y sobre todo con el territorio y es que todos somos familia, en si ya tenemos los lazos de unión hechos”, dice con una sonrisa Benigno. En las asambleas suele llegar como mínimo un representante de cada una de las 48 familias y siempre hay buena participación.

Después de la autoridad máxima colectiva se encuentra la autoridad tradicional elegida popularmente, el gobernador. En un principio el mandato de un gobernador es de un año, pero puede ser reelegido por la comunidad. En el cabildo se encuentran también otras autoridades tradicionales que trabajan conjuntamente con el gobernador: dos alcaldes, dos alguaciles, un secretario y un tesorero. También los exgobernadores como Fabián Garreta o su tío Gabriel Garreta que fue el primer gobernador, y el considerado como el orientador principal, el profesor Ángel Mutumbajoy, son tenidos en cuenta y consultados a la hora de tomar decisiones.

Historia de la defensa del territorio

El origen sociocultural de la comunidad del Resguardo Inga Mandiyaco queda magníficamente ilustrado en ésta leyenda que cuenta el exgobernador Fabián Garreta:

“Los mayores tomadores de yagé nos contaron que nosotros pertenecemos al imperio Inca. Cuentan que llegaron por Putumayo y de ahí subieron para el Cauca y así ha habido resguardos bien antiguos, que incluso la corona española los reconoció. Y entonces cuando vivía el pueblo Inca acá, vinieron los españoles y los europeos a maltratar, a matar. Los mayores cuentan que los indígenas muy bien habrían podido usar su conocimiento para defenderse, para matar para destruir, ellos bien utilizaban el rayo y el trueno, pero no lo

quisieron utilizar para eso y así se dejaron esclavizar. Los mayores cuentan que los que manejaban bien el mundo espiritual se convirtieron en guacamayos y en aves preciosas y volaron en familia de vuelta hasta Los Andes. Los que tenían la ciencia no tan buena se convirtieron en micos y en serpientes y los que no sabían o no tuvieron esa claridad fueron los que se hicieron esclavizar. Hubo mucha matanza.”

A nivel más local y terrenal, como explica el gobernador Benigno, para entender el proceso de acceso al territorio ancestral del Mandiyaco hay que “retomar la historia, la historia de los primeros que entraron, las familias del resguardo de Condagua, ellos vinieron a ocupar no los baldíos sino lo que estaba deshabitado. Primero fueron tres familias, y luego estas llamaron a otras, y así...”.

Gracias a los mayores

“Cuando llegamos a la zona de Mandiyaco no había nada, ni un puente ni un camino, andábamos por el río nomás, entonces andábamos descalzos, un poco más tarde fue que aparecieron las botas pantaneras”, cuenta Luz, que de niña marchó del Resguardo de Condagua para empezar un nuevo proyecto de vida junto a toda su gran familia en Mandiyaco. “Éramos diez hijos y en Condagua mi papá no alcanzaba para darnos parcela a todos: vinimos para Mandiyaco para tener tierra para trabajar, porque allá donde vivíamos estábamos encerraditos ya y era puro potrero, ya no había donde sembrar la Yuca, el plátano, nada de eso ya no había”, recuerda.

“Así que mi papá vino a buscar espacio para nosotros para que podamos trabajar hasta hoy”, cuenta Luz. “Había monte para cacería, era baldío: lo que uno podía trabajar, pues era suyo: hacía la trocha –el camino- y el lindero –el límite- y listo”, explica, sencilla su mamá, Otilia Jansasoy. Éste fue, en palabras bien claras de Luz y su madre, el proceso de posicionamiento y acceso a la tierra que protagonizaron a finales de los años 80 las aproximadamente 20 familias que decidieron tomar parte activa en el destino de sus vidas y el de las generaciones futuras. El motivo principal de muchas familias fue que se encontraban acorraladas por los límites del Resguardo de Condagua, otras se vieron empujadas a emprender la acción de descubrir las tierras de Mandiyaco porque el río Caquetá estaba inundando sus tierras con sus crecidas cíclicas –muy posiblemente fruto de la actividad humana.

Es el caso de Rosa Elena Muchavisoy, la madre de Ariel Muchavisoy, que se fue con sus cinco hijos hacia Mandiyaco cuando la creciente del río arruinó su casa. El marido había muerto cuando el hijo más pequeño, Ariel, tenía 2 meses. La mayora Muchavisoy ha aprendido español con el tiempo pero asegura que nunca lo habla, con toda su familia habla inga. “Nosotros nos tocaba trasladar a otra parte para poder vivir porque no teníamos más para donde irnos. Y un primo mío dijo “vamos para allá porque allá van a ir muchos colonos a vivir entonces para no dejar ellos pues vamos nosotros” y poquitas personas fuimos, todos

indígenas, ahorita aumentaron muchas familias, ¡bastante ya!", recuerda la abuela de Carolina.

Fue un proceso duro, sobre todo para la familia Muchavisoy. "Como crecimos sin padre, nosotros comíamos cualquier animal de pequeños, para no pasar hambre", cuenta su hijo, Ariel. Pero el resultado no podría ser mejor, "¡cómo no hay colonos, hay resguardo!", exclama la mayora Muchavisoy. Ella asegura que, por más que los que lideraron la creación del cabildo y más tarde del resguardo han tenido papeles muy importantes, los verdaderos fundadores de Mandiyaco "son dos personas: Roque Mutumbajoy y Cesario Jansasoy, ellos fueron [quienes] empezaron trabajando, poniendo mingas, y yo sé todo eso, no ve que nosotros hemos también ayudado un poco?". De Roque Mutumbajoy, un mayor ya fallecido, cuentan que usaba siempre atuendo y llevaba plumas de guacamayo travesadas en las orejas y en el tabique de la nariz. Según explican, pertenecía a la misteriosa tribu de los Auca, un pueblo autóctono de esta región, anterior a la llegada del imperio Inca y el pueblo quechua. En Mandiyaco todos afirman que los Auca aun viven sin contacto con el hombre blanco, en las cabeceras del río Mandiyaco.

De JAC a Cabildo

En Colombia la unidad organizativa territorial y social más pequeña es la Junta de Acción Comunal (JAC) y es a través de la que se organizan las veredas, a nivel rural, y los barrios, a nivel urbano. En la que nombraron Vereda de Mandiyaco durante los primeros años de convivencia de las familias pioneras, se creó también un Junta de Acción Comunal que no duró mucho. En seguida, desde la concepción propia indígena, se tomó la decisión de convertir la estructura de la JAC en un cabildo indígena.

En 1991 se formó el Cabildo Indígena de Mandiyaco y fue elegido como su gobernador el tío de Luz y Fabián, Gabriel Garreta, quien fue reelegido dos veces para poder continuar con el recién nacido proceso organizativo. El actual rector de la Institución Educativa Sumak Kawsay, Ángel Mutumbajoy, se convirtió en uno de los principales líderes de este proceso cuando llegó como profesor de la escuelita de la comunidad. "Él fue quien arrancó con ganas, quien impulsó todo", explica el gobernador Benigno.

La conformación del Resguardo

En 1996 iniciaron los pasos hacia la conformación del resguardo. Se hicieron las solicitudes iniciales y se fue, poco a poco, juntando todo lo necesario. "Fue un proceso de lucha muy grande en el que el docente Mutumbajoy ayudó a formular la solicitud y también el gobernador Francisco Garreta, mi finado padre, fue decisivo", explica Fabián Garreta.

"Para conseguir la legalización de nuestro territorio tocó que donar nuestras tierras, o sea que cada propietario fue poniendo su lote de terreno donde trabajaba, unos pocos con escritura pública, otros con documento de compraventa o otros simplemente hicieron una carta de entrega como cediendo su tierra", así describe el gobernador Benigno el proceso legal por el que pasaron los comuneros y comuneras del Resguardo Inga Mandiyaco. "Con el acompañamiento en ese tiempo del INCORA –Instituto Colombiano para la Reforma Agraria– se hizo un recorrido en 2001 por el territorio y un estudio etnológico y finalmente la aprobación de la resolución se dio en el 2003". "Quién firmó la resolución de 2003 fue mi hermano que entonces era el gobernador", explica Fabián Garreta, proveniente de la familia más destacada del resguardo en cuanto a liderazgo político, como se puede deducir.

La Resolución 006 del 22 de julio del 2003 establece legalmente el territorio colectivo del Resguardo Inga Mandiyaco. Como explica el gobernador actual, solo algunas familias habían hecho la burocracia con la administración para lograr la escritura pública, "eso valía muchísimas plata, la gente no lo escrituraba", recuerda Ariel Muchavisoy. La mayoría tenía como principal fundamento de la propiedad de su tierra muchos años de trabajarla. Con eso, y todo un proceso de formación política de varios líderes junto a la fuerza organizativa del cabildo se logró que el INCORA y, por lo tanto, el Estado colombiano, reconociera su territorio ancestral legalmente. "Ahora tenemos escritura de todo el resguardo pero de cada una de las fincas nunca tuvimos escritura", testimonia Otilia Jansasoy. El objetivo era reconocer y proteger las tierras en las que ya habitaban las familias inga y además incorporar al resguardo algunas zonas baldías "con el ánimo de legalizar el territorio que estaba libre", según el gobernador Benigno.

Así es que se lograron 1555 hectáreas de tierra de las cuales 700 eran formalmente terrenos baldíos de la nación y en la práctica selvas vírgenes que servían y sirven a la conservación de la naturaleza y, en el caso de algunas áreas más cercanas, para la pesca y la caza de los habitantes del resguardo o para la recolección de plantas medicinas y semillas para la confección de artesanía. Cada familia tiene y trabajaba las tierras que logró obtener en su entrada a este territorio siendo que "el que más tiene, tiene 30 hectáreas", según Fabián Garreta. Ambos líderes indígenas, Benigno y Fabián, se acercan a pensar que de las 1555 hectáreas que tiene el resguardo, aproximadamente 1000 son selva, ya que cada familia mantiene también dentro de su finca una buena parte de naturaleza intacta. "Eso no nos lo ha enseñado nadie, el tema de conservación o convivencia con la madre naturaleza es simplemente pensar en lo que viene, no en lo que está", asegura el gobernador vigente.

El Plan de Vida

Faltaba solo un último paso en el camino que la mayoría de cabildos indígenas de Colombia han recorrido para lograr una organización y una comunidad que avancen en armonía: la elaboración de un Plan de Vida. Así como, en términos occidentales, las alcaldías tienen sus

planes de desarrollo para sus municipios, los cabildos indígenas tienen sus Planes de Vida para sus Resguardos.

“El año 2008, con el apoyo de WWF y Parques Nacionales empezamos a construir el Plan de Vida del Resguardo Mandiyaco”, explica Fabián Garreta, quien era gobernador en ese entonces. Se formaron distintos comités: “la parte política, la económica, la cultural, el comité de mujeres, el de salud, el de educación, sacamos todas las líneas estratégicas y priorizamos proyectos según las necesidades que teníamos”, recuerda.

El Plan de Vida tiene una Misión y una Visión, “en la Misión vimos que para el año 2020 el Resguardo Inga debe de ser una organización reconocida a nivel local, nacional e internacional, defendiendo todos nuestros derechos fundamentales y colectivos como pueblo inga”, explica Fabián, con una gran fe y esperanza en que el resguardo al que pertenece crezca y se proyecte a un nivel muy amplio en el futuro.

Defensa del territorio

El año 2010 la comunidad del Resguardo Mandiyaco protagonizó, junto al Resguardo Inga de Condagua y el Resguardo Yanacona de Santa Marta, una Minga de Resistencia que consistió en el bloqueo en la vía de Mocoa a Pitalito para evitar que la empresa petrolera Ecopetrol se instalara en su territorio para extraer crudo. “Nosotros paralizamos toda la obra y mostramos que esto es un territorio tradicional indígena y que había un impacto económico, social, espiritual y político”, explica el líder Garreta. Después de 14 días de bloqueo se negoció con el ministerio y con la empresa pero, como es habitual en el país, solo una pequeña parte de lo acordado se cumplió. Afortunadamente, o gracias a los espíritus de la naturaleza, cuando se procedió a la extracción en un pozo muy cercano al resguardo, este resultó que estaba seco.

Más adelante se han dado más espacios de diálogo con el gobierno para lograr un mejor bienestar de las comunidades indígenas de esta región pero, de lo que se ha pactado “todo es un incumplimiento del gobierno, compromisos y compromisos incumplidos”, se lamenta Fabián. “Nosotros como Mandiyaco somos los pioneros a nivel de Bota Caucana, hemos sido los que firmamos los convenios a nivel departamental e incluso nacional, somos como los representantes y este es uno de los mayores logros que tenemos”, explica por su lado la autoridad tradicional actual del cabildo.

“Mi papá insistía en que no vendamos la tierra, porque aunque sea territorio colectivo se permite hacer contrato de compraventa, pero más bien hay que rescatar las tierras para nuestros hijos y luego para los hijos de nuestros hijos”, asegura Luz, una mujer consciente de la lógica neoliberal que se avecina. Ésta es otra modalidad de defensa del territorio, la conciencia entorno a la permanencia en el territorio de los jóvenes. Y los jóvenes como Carolina Muchavisoy Garreta, una de las primeras mandiyaqueñas que accede a la universidad, son conscientes también de que la defensa del territorio pasa por muchos

campos. “En si nosotros tenemos derechos y leyes propias pero el gobierno no siempre las respeta”.

Así pues, los logros que todos los líderes y comuneros entrevistados destacan son, precisamente, el acceso y la defensa del territorio. Desde la entrada a Mandiyaco de los mayores, hasta la conciencia actual entorno a la resistencia indígena, pasando por la creación del cabildo y la del resguardo. “Reapropiarnos de la medicina tradicional también ha sido un logro porque hace unos años venía un taita de afuera”, añade Carolina. Y es que se ha visto y comprobado que aquellas comunidades indígenas que van perdiendo el uso activo y cotidiano de la medicina ancestral son más frágiles a la hora de defender su territorio, de modo que todo, al fin y al cabo, tiene que ver con la defensa del territorio.

Línea del Tiempo

- ⑧ **1980:** Entrada de las familia al territorio del Mandiyaco
- ⑧ **1991:** Creación del Cabildo Inga de Mandiyaco
- ⑧ **1996:** Solicitud de la Constitución de Resguardo
- ⑧ **2003:** Resolución del Resguardo Inga Mandiyaco
- ⑧ **2008:** Nacimiento del Plan de Vida del Resguardo
- ⑧ **2010:** 14 días de paro de la Minga de Resistencia contra Ecopetrol
- ⑧ **2016:** Firma del Acuerdo de Paz entre las FARC y el gobierno de Santos

Sustento legal del Resguardo

El Resguardo Inga Mandiyaco es un territorio ancestral indígena de la nación inga, categorizado como territorio colectivo, con 1.555 hectáreas de extensión habitadas por 163 comuneros y comuneras. El resguardo, constituido el año 2003 y legalmente emparado por la Ley 89 de 1890, es la figura organizativa a nivel territorial de la que disponen los pueblos indígenas en Colombia. A su vez, el resguardo necesita de una figura organizativa a nivel político y administrativo: esta figura es el Cabildo, reconocido también en la Ley 89 de 1890.

La Resolución 006 del 22 de julio del 2003 es la que legaliza en particular la conformación del Resguardo Inga Mandiyaco. En este caso, se formalizaron las tierras de los comuneros y comuneras del cabildo de Mandiyaco que estaban de acuerdo y lucharon por conformar el resguardo, sumadas a algunas tierras baldías anexas. Es importante remarcar desde el aspecto legal, que se entiende por baldías las tierras que no son de propiedad privada y pertenecen a la nación colombiana. En 1936 cuando se definió el concepto jurídico, se estableció que las tierras ocupadas con cultivos o ganado son de propiedad privada y se presumió que las baldías son las que no están explotadas, las que no son objeto de aprovechamiento económico y no tienen dueño.

Como dice el gobernador Benigno pero, “baldío es para los de afuera, para nosotros son territorios ancestrales no legalizados ante una parte del Estado, porque nosotros también somos Estado”. A pesar de la batalla y la espera, pues la solicitud de resguardo se hizo el año 1996 y la resolución definitiva no llegó hasta el año 2003, el gobierno colombiano acabó incluyendo los baldíos o territorios ancestrales dentro de los límites del resguardo.

En cuanto a recursos económicos y financiación de la estructura organizativa, los cabildos indígenas, dependiendo de su población censada, reciben unas transferencias nacionales del Sistema General de Participación. En el caso del Resguardo Inga Mandiyaco, en el que viven y son censados tan solo 163 habitantes, este recurso es muy escaso, y dependen más bien de recursos propios generados popularmente por la misma comunidad, de convocatorias y proyectos con instituciones públicas y de otras organizaciones como el CRIC.

Soberanías, mingas y amenazas

“Acá la tierra es buena pero para mantener la seguridad alimentaria, no tanto para comercializar porque no hay buena rentabilidad de los productos, es bastante difícil salir a vender”, explica Carolina Muchavisoy.

Soberanía alimentaria

En el Resguardo Inga Mandiyaco se produce principalmente para la soberanía alimentaria: a nadie le falta yuca, plátano o maíz, los alimentos ancestrales propios, ni dulces frutas de los árboles ni caldo de gallina de vez en cuando. Sin tenerlas 100% garantizadas, la caza y la pesca también colaboran a las condiciones de seguridad alimentaria interna del resguardo. Y con el excedente del cultivo que se logra vender en el mercado de Mocoa, se compra el resto de alimentos necesarios como la sal, la panela, el arroz y el aceite. “Pueden hablar de pobreza, pero nosotros vemos la alimentación pobre de los otros: aquí comemos rico, aquí no hay químicos por ejemplo”, explica Benigno, refiriéndose a la imagen de una comunidad precarizada que a veces se le da al resguardo.

“Plátano, yuca, chontaduro, banano, cacao, frutas cítricas... éstas son las que salen a vender a Mocoa. Ya el maíz, el frijol, tomate, zanahoria y eso se queda acá”, explica Carolina. Desde el centro del resguardo hasta la carretera que lleva a Mocoa, hay aproximadamente una hora caminando. La mayoría de vecinos bajan los días de mercado –sábados y domingos- con sus caballos o mulas cargados de los alimentos que vayan a vender. “Esa es nuestra debilidad, sale cada uno a vender como pueda, no tenemos una estrategia clara de mercadeo”, reconoce el gobernador Benigno. Algunas familias comercializan en el mismo resguardo pero la mayoría, a pesar del mal estado de las vías, saca sus productos hasta la galería principal de Mocoa.

Mingas y familias

Donde se sitúan la escuela y la sede del cabildo, es decir el centro más poblado del resguardo, se encuentra también la huerta comunitaria escolar, de la que sacan alimentos como cebolla, lechuga y tomate para la alimentación de los niños y niñas. Además, desde hace un año y medio, a través de varias mingas de trabajo colectivo, se está implementando el proyecto de una huerta comunitaria de la que salen los alimentos para los almuerzos colectivos de los días de asamblea y para las fiestas. “Una minga es trabajar, todos juntos, y ahora también estamos llamando mingas de pensamiento, cuando hay que hacerle algún ajuste al reglamento interno, convocamos a todos, que vengan aunque sea uno por casa”. A mes de mayo de 2017 ya habían hecho 9 mingas de trabajo agrícola desde inicios de año.

Fuera del ámbito comunitario, cada familia tiene su finca con sus cultivos propios. “Uno acá riega maíz o riega yuca y cuando ya lo cosechó la deja un año así monte, rastrojo y luego vuelve a sembrar: ya tiene abono, ese mismo monte es abono”, cuenta Luz Garreta. En su finca hay principalmente yuca, plátano y banano y en el jardín de su casita también tiene varias plantas medicinales, especies para la cocina y algunos frutales. “Acá no necesita abonos, acá es una tierra fértil, si uno deja la tierra un año libre de cultivos recupera sus minerales, luego limpia y vuelve a sembrar”, explica su hermano Fabián. El trabajo en la finca queda normalmente en manos de la familia nuclear pero a menudo también se dan dinámicas de intercambio de trabajo o jornaleo remunerado.

Inevitablemente, cultivos ilícitos

En Colombia las poblaciones rurales se han visto obligadas y empujadas, enmarcadas en las dinámicas de la guerra, a sembrar cultivos de uso ilícito tales como la coca, la marihuana y la amapola. Básicamente porque han sido cultivos más rentables y porque la presencia de grupos armados en sus territorios así lo ha propiciado. El Resguardo Inga Mandiyaco también ha sido víctima de estas dinámicas y durante muchos años los cultivos de coca han sido importantes en el territorio. Sin embargo en el presente ya no quedan casi cultivos de este tipo. “Más antes había hartísima coca pero hace 15 años vinieron y fumigaron. Eso sí hizo daño porque acabó con todo: los palos –árboles- se secaron, no podíamos tomar agua de los caños...y claro desde entonces la coca se redujo”.

Las fumigaciones aéreas con glifosato fueron prohibidas en Colombia el año 2015 porque hasta entonces ya habían contaminado miles de comunidades rurales. En el caso de Mandiyaco, la fumigación aérea marcó un antes y un después para la comunidad. Por un lado la mayoría de comuneros se lo pensaron dos veces antes de sembrar de nuevo el cultivo que tanto daño trajo a la comunidad. Por otro lado, con la reducción súbita de estos cultivos, grupos armados que hacían presencia en la región y mantenían su financiamiento alrededor de estos cultivos, se fueron. De este modo, como ya se ha contado, a primera vista el paisaje

de Mandiyaco hoy es una abundancia de selva y cultivos de banano y plátano que impresionan a los ojos de cualquiera.

Expectativas y amenazas del territorio

Los terrenos llamados baldíos de la cación que fueron anexados al Resguardo en su conformación el año 2003 siguen siendo hasta hoy tierras libres de la actividad humana sedentaria “y la intención es que siga siendo así y poder ampliarnos para que no sean intervenidas por las multinacionales”, explica el gobernador Benigno. Éstas son, en definitiva, las expectativas y las amenazas del Resguardo Inga Mandiyaco actualmente. Seguir haciendo presión a la Agencia Nacional de Tierras –lo que queda de lo que fue el INCORA- para lograr un saneamiento y una Ampliación del Resguardo que incluya más terrenos llamados baldíos que colindan con el resguardo y que sufren la amenazada de ser explotados por multinacionales extractivistas.

“Hace unos tres años hubo casos de minería ilegal con dragas y todo, pero se denunció y los sacó la policía”, relata Carolina Muchavisoy. “La intervención de las mineras con sus megaproyectos, eso es lo más preocupante, porque tipo un 70% del Cauca está casi cedido por el Estado a las grandes empresas mineras, es la grande locomotora minera del gobierno”, asegura la autoridad tradicional, que también explica como el municipio de Santa Rosa está trabajando en un nuevo Plan de Ordenamiento Territorial que en teoría deberá servir como herramienta para frenar estos proyectos. Durante varias décadas la otra gran amenaza ha sido la persistencia del conflicto armado en territorio ancestral, la presencia de grupos insurgentes, paramilitares y el ejército. Varios líderes de Mandiyaco han recibido en el pasado amenazas y ha habido también casos aislados de asesinatos.

En este sentido, en la actualidad, todas las comunidades rurales de Colombia están pendientes de la implementación de los Acuerdos de Paz firmados entre las FARC-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos. Hasta el momento –junio de 2017-, no se están dando las condiciones para que estos lleguen a un buen final del conflicto armado en Colombia de modo que muchas organizaciones ya se están preparando para ir a la movilización. En el caso de Mandiyaco, esto además se juntaría a la reivindicación de Ampliación de Resguardo de modo que, como informa el consejero mayor del Consejo de Autoridades Indígenas del municipio de Santa Rosa, “ya estamos analizando y ya estamos concientizando a la gente para promover nuevamente la Minga de Resistencia”.

Referencias bibliográficas

“Plan de Vida del Resguardo Inga Mandiyaco”, Mandiyaco, 2008

“Once claves para entender el chicharrón de los baldíos”, Revista Semana, 10/05/2017



Créditos

Resguardo Inga Mandiyaco

Sistematización realizada por Berta Camprubí

Un eterno agradecimiento por todo lo compartido y lo aprendido a Luz Aida Garreta Jansasoy, Otilia Jansasoy, Rosa Elena Muchavisoy, Estela García, Anabel Gaviria Mutumbajoy, Carolina Muchavisoy, Kelly Muchavisoy, Ariel Muchavisoy, Benigno Chicunque y Héctor Fabián Garreta Jansasoy

Fotografías de Berta Camprubí y Héctor Fabián Garreta Jansasoy

Resguardo Inga Mandiyaco, julio de 2017

Galería de imágenes



El mapa del Resguardo Inga Mandiyaco



El pueblo Inga en la Minga de Resistencia de 2010



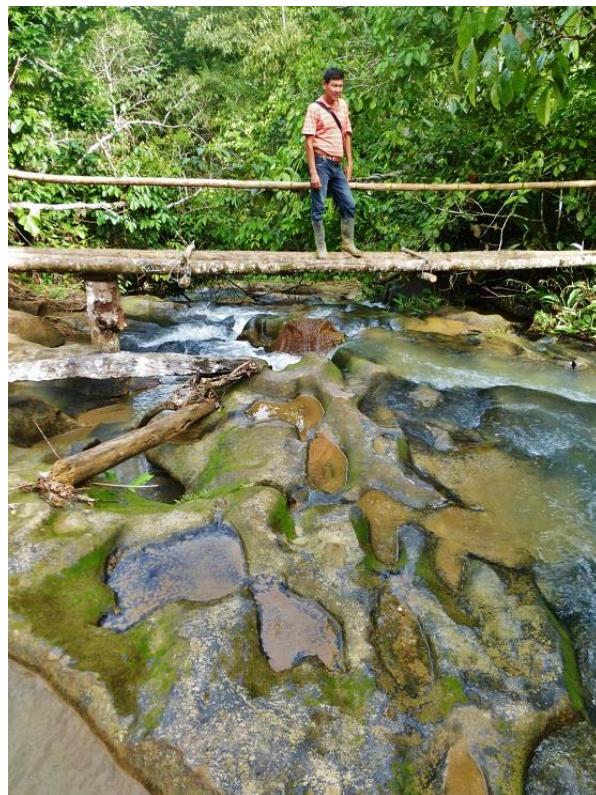
El pequeño y sabio Indy le regala flores a su mama mientra amamanta



Fiestas ancestrales en la cancha del Resguardo



Ariel Muchavisoy observando el río Mandiyaco



Ariel Muchavisoy encima de una quebradita



Rosa Elena Muchavisoy en su jardín de plantas medicinales



El camino de Mandiyaco a la carretera Mocoa-Pitalito



Caballos de carga en las sendas de Mandiyaco



Jornadas de Minga